

El oficio de escritor

PEDRO GOMEZ VALDERRAMA

Han escogido ustedes, que comienzan hoy las labores del Talle Literario de la Universidad Central, una difícil profesión. Lo cual no les digo para impresionarles desfavorablemente, o impulsarlos a desistir, sino, antes bien, porque ese hecho mismo es ya una justificación del orgullo de una actividad para la cual no todos están condicionados.

Digo difícil, porque el ejercicio de la tarea de escritor es arduo, es desconcertante en ocasiones, y así como muchas veces trae frustraciones, trae, de pronto, satisfacciones profundas. Lo primero que deben ustedes recordar —o mejor dicho, seguramente ya lo saben, lo han experimentado, dado que el criterio con el cual fueron aceptados fue justamente el de que tuvieran aptitudes de escritor— es esto: que no se aprende a ser escritor. Se aprenden las técnicas, los procedimientos. Pero ser escritor es, ante todo, una aptitud especial, una disposición, igual a la que otros pueden tener para las ciencias exactas, o para una rama especial de la investigación científica. Escribir es comunicarse con el mundo, es crear, con esas aptitudes una de las cuales y fundamental es la imaginación, crear para los demás. Por eso el escritor tiene razón en sentirse poderoso, en cuanto tiene en sí la capacidad de crear mundos, de crear seres que son tan vivos como los que van a nuestro lado.

Notarán ustedes que, casi sin quererlo, he llegado a hablar de un género especial dentro de la escritura, la narrativa, por cuanto justamente a ella está dirigido este taller que se inaugura. Decía Jean-Paul Sartre que en la vida es necesario escoger entre narrar y vivir. Ciertamente, son dos actividades igualmente complejas, y la del narrador de suyo lo es especialmente, por cuanto en ella se crean

mundos tan intrincados como los mundos reales. Algún autor anota, que el novelista que confiese que no toma sus personajes de la realidad, es, más o menos, un falsario, ¿Por qué? Porque la riqueza de la vida —sea esta vida presente o pasada, sea historia, que en cierto sentido toda novela lo es, más o menos, aún las del tiempo presente— es en ocasiones casi superior a la ficción. Es el caso, por ejemplo, de los ingenuos análisis que vemos muchas veces, producidos por serios críticos americanos, sobre la obra de García Márquez, en la cual encuentran todas las implicaciones de la imaginación y del humor, y ninguna de la historia y del sentimiento trágico de la vida, que están latentes en sus libros. La ficción latinoamericana —nacida de la crónica de Indias, de la lejana historia de nuestros años coloniales, remitida más allá a la vida precolombina— deslumbra con la fuerza de su realismo mágico en otras latitudes; es decir, deslumbra con lo mismo que para nosotros es lo próximo es el reflejo de la vida de todos los días, que hace pensar que la idea de Alejo Carpentier, de lo “*real maravilloso*” de América Latina, es una verdad indiscutible.

Seguramente en este taller literario no van a encontrar ustedes la fórmula mágica para escribir novelas o cuentos. Pero lo que sí van a encontrar, a través de sus profesores, a través de los escritores que vengán a dialogar con ustedes, son los secretos mínimos de los cuales está hecho el arte de escribir, la destreza para practicar ese oficio, que en cierto momento fue sagrado, dependió luego de las gradas más bajas del trono, y en los siglos XIX y XX ha ido tomando una entidad cada vez más seria, y profesional en cuanto se quiere hacer de él el objetivo de la vida.

No creo que nadie haya podido, aunque muchos lo han ensayado, dar la fórmula para escribir un cuento. Se ha tratado de hacer muchas, y quienes han intentado darlas, han sido víctimas de la ironía de quienes piensan que no hay fórmula posible, fuera del conocimiento de la gramática, de las reglas del idioma, y un concepto suficientemente elevado de éste. Pero por dentro, y en especial en la narrativa, hay que poner el propio espíritu, el propio fervor. Un cuento de calidad nunca se parece a ningún otro. Y tampoco la imitación es suficiente receta.

Lo que sí es fundamentalmente importante, es la lectura, como parte del ejercicio diario de formación. La lectura, en cuanto abre perspectivas, muestra caminos, ilumina puntos sombríos. Y

proporciona algo que, bien administrado sin llegar a la imitación servil, es muy importante: las influencias. No creo que haya un solo escritor que pueda decir que su obra no está influida por la lectura devota y paciente de algunos autores, que son los más afines con el propio espíritu. El balance justo entre las influencias y la propia originalidad, se produce cuando la obra que se crea tiene un sello personal, distinto de aquellas de las cuales pueda ser, en cierto modo, tributaria. La vida no es otra cosa que un juego de influencias que se prolonga desde el nacimiento hasta la tumba. No hay que temerles, ni rendirles un culto demasiado profundo. Se debe buscar la expresión propia, teniendo en cuenta que la originalidad surge de la sinceridad consigo mismo, y que quien trata de engañarse a sí mismo difícilmente logra una creación auténtica.

Hay algo en lo cual nunca se insistirá bastante: así como los grandes pintores que llegaron en su momento a la pintura abstracta como expresión genuina de su espíritu creador, pudieron realizarla después de haber pasado por el aprendizaje de la pintura académica, por la pintura figurativa con todos sus supuestos de anatomía, de combinación de colores, de manejo de los materiales, de sabiduría desde los lienzos hasta la rigurosa perspectiva, así el escritor no puede llegar de un salto a etapas de originalidad, sin un conocimiento previo de lo clásico, de las obras fundamentales de la humanidad, no para que ellas lo encajonan y lo limiten, sino como un punto de partida, similar al de la pintura figurativa. Solamente en ese momento puede tentar el experimento original, la desvertebración del relato, el monólogo sin puntuación, la mezcla de los personajes, o mejor dicho, de los enfoques diferentes, y tantas cosas más que pueden ser inicialmente más seductoras, pero que si no están apoyadas en todos esos presupuestos previos, quedan confusas y deleznable, destinadas a esfumarse y no a perdurar. En una palabra, para poder negar algo hay que saber qué es lo que se niega.

Pienso que todas estas experiencias, ricas en poder creador, van a llegar a Ustedes en este taller, bajo una dirección experta y conectora de estos problemas. Ustedes ya han definido su vida como escritores, y lo que esperan de este trabajo que aquí se va a realizar, es justamente una serie de aspectos claves para su formación, que recibirán de un modo más ordenado y sistemático, y con un provecho indudable, ya que la oportunidad del diálogo ensancha fundamentalmente las perspectivas.

La actividad del escritor está en equilibrio inestable entre dos fuerzas: la una, el sentido profesional, la aspiración a hacer de la escritura el medio y fin de la vida; la otra, ese impulso inasible que está en el comienzo de la vocación del escritor, que alguien, tal vez Rainer María Rilke, definía diciendo: si siente usted que puede vivir sin escribir, deje de ser escritor.

Pero a la vez, el esfuerzo creativo no es siempre grato; en ocasiones es difícil, se torna en una lucha contra la cuartilla blanca, lleva a los límites de la desesperación. De pronto, sin embargo, se toca la verdad. Norman Mailer le preguntaba al escritor francés Jean Malaquais, ante las dificultades que éste le refería que tenía con una novela en la cual trabajaba: "¿Por qué se empeña en hacerlo? Hay muchas otras cosas que usted puede hacer bien. Por qué lucha tratando de escribir?". Malaquais le contestó (es importante señalar que sufría escribiendo): "—Porque es la única manera que tengo de encontrar la verdad. El único momento en que sé que algo es verdadero, es el momento en que lo descubro en el acto de escribir".

Naturalmente, la misma persona puede tener el tiempo difícil, o el tiempo fácil. Lo cual depende de esos sutiles mecanismos del subconciente, y ocurre en todas las actividades humanas. Hay casos de genialidad, como el torrente de las novelas de Balzac. O el caso de "El Retrato de Dorian Gray", escrito en diecisiete días volcánicos. Pero de todas maneras, la actividad del escritor debe someterse al trabajo continuo, paciente, que un día puede producir dos páginas, otro ninguna, otro un extenso capítulo. Hay una comunicación secreta con la obra, con los personajes, que ata al autor a la vida de aquellos casi más que a la propia, y que lo hace depender mucho más de lo que les esté ocurriendo a sus personajes que a él mismo. De ahí que la actividad del escritor no sea simplemente trabajo, sino arte, ejercicio diestro de las capacidades, búsqueda infatigable en una realidad humana que tiene qué traspasar a la propia realidad de su mundo. En ocasiones el éxito fácil es un enemigo, como lo es la facilidad torrentosa para escribir. Dentro de la actividad del escritor hay aspectos que son los que apelan más a la paciencia: la corrección de lo escrito, el reexamen, el tener la suficiente fuerza de voluntad para rechazar cosas que se han escrito y que pueden escribirse mejor. La búsqueda de la perfección, que es distinta del perfeccionismo. Es necesario tener el sentido crítico suficiente para darse cuenta de cuándo algo está concluido, o bien todavía ofrece muchas más

posibilidades que hacen imperioso retomar lo ya hecho, y construirlo de nuevo. Es decir, el don eficaz del arrepentimiento.

En la actividad del escritor se presentará para ustedes un dilema: ¿Hasta dónde el escritor puede aislarse en su tarea? ¿Hasta dónde es posible mantenerse al margen del mundo para su creación? ¿O es necesario vivir dentro de ese mundo, sufriendolo y disfrutándolo? Pienso que el aislamiento es imposible, porque justamente es ese mundo que nos rodea en que nos da las fuentes de la creación literaria. El escritor vive de manera distinta, acaso vive mucho más que los otros, porque se proyecta en su propio mundo, traslada a él la vida, vive a través de otras personas. Quiero recordar algo que dije hace tiempo, en 1963, sobre esta situación del escritor:

“. . . De ahí que en la vida del escritor se presente como un misterio indescifrable la torre de marfil. No es vano el hermoso abolengo del Cantar de los Cantares. A lo largo de sus líneas memorables, la torre de marfil surge con el secreto de lo femenino, con su misma esencia misteriosa. Cambia luego su sentido, que corre por nuestra memoria infantil mezclado con el sabor de las letanías. Adquiere una nueva significación ante el tablero blanco y negro del ajedrez, donde lo más ilustre que aprende a localizar la memoria, al lado del caballo, es el sitio inviolable de la torre. Se ve rechazada por la desdicha de Gerardo de Nerval, cuya torre representa la vida del escritor, su *“torre abolida”* como las torrecillas mutiladas de los castillos medioevales de los barones en desgracia. Flaubert la toma definitivamente de Alfredo de Vigny, y crea el sentido de ella que nos queda: la inviolabilidad de la mente del escritor. Porque solamente así, puede entenderse la torre, como símbolo de libertad, tal como en última instancia vienen a serlo siempre las prisiones. No en vano fue esclavo Epicteto; ni inútilmente la *“Consolación por la filosofía”* nació en la celda de la prisión de Boecio. . . Si hay alguna libertad específica, es la del escritor y del filósofo. Es la libertad de pensamiento, que se proyecta en la creación artística, en la especulación filosófica, siempre en su posición individual ante el mundo. Por ello la soledad del escritor lo individualiza, y aunque la homogeneidad se produzca es siempre relativa, e imposible de lograr totalmente. Su único logro verdadero sería el de ocasionar que todos los escritores de un país escribieran obras iguales, como en una pesadilla de Borges. Pero aún así, para seguir el hilo del incomprable argentino, habría, seguramente, la discrepancia de una coma, un giro diferente, la inexac-

itud de un nombre, en los cuales quedaría concentrada la expresión de la libertad"¹

Esto decía yo hace mucho tiempo; y hoy sigo pensando que la libertad del escritor es su soledad, la indispensable para el acto de creación. En esa soledad se traduce la libertad, se traduce su posición frente al mundo. No pienso yo que el escritor debe estar ausente de la política; justamente su posición en la sociedad requiere que piense, que exprese su pensamiento. Esa posición, esa manera de ver el mundo, se traducen en su obra. Dentro del propósito literario de ésta, se refleja la posición del escritor, que no puede y no debe permanecer indiferente ante la vida que le rodea. Ocurre, sí, lo que en la frase de Sartre: debe escogerse entre relatar y vivir: sin aislarnos, eso sí, de la vida que fluye al lado nuestro.

Además de su calidad esencial de trabajador de la cultura, el escritor tiene en su pluma un poder con algo de magia, que crea mundos, que abre caminos. Puede crear cielos e infiernos en la mente del hombre. Su escenario es el mundo, es la vida de los demás humanos; y no solamente la pasada, la futura también. Piensen Ustedes cómo la perfección absoluta de la obra humana, que es irrealizable individualmente, depende de la elaboración sucesiva, del paso por muchas otras manos afanosas. Decía el gran poeta T. S. Eliot: "Alquien ha dicho que los escritores muertos están remotos de nosotros porque sabemos mucho más de lo que ellos supieron. Justamente, y ellos son eso que sabemos".

Dentro del cumplimiento infatigable de su misión de servicio público, la Universidad Central ha creado este Taller de Escritores, que significa una gran realización cultural en el país, y un vigoroso apoyo para los escritores jóvenes. Se instala con las mejores perspectivas, y se ha inscrito en él un selecto grupo, que derivará de las labores que emprende un adelanto en su formación, y el descubrimiento de nuevos incentivos en la profesión que han escogido sus integrantes.

La invitación que me ha sido formulada por la Universidad a través del Dr. Isaías Peña, experto crítico y profesor, coordinador del taller, obliga mi gratitud, porque pienso y siento que la sola manera de mantenerse en la lucha contra el tiempo, es el contacto con la juventud, que revivifica y estimula.

1. Pedro Gómez Valderrama— "El Oficio de Escribir" 1963.

Muchos de ustedes, si no todos, perseverarán en la actividad que escogen, y ocuparán lugares destacados en las letras colombianas. Espero que algún día estas palabras, este recuento de experiencias que me he permitido hacer hoy, les sean útiles en la más noble de las disciplinas, que ustedes, seguramente, contribuirán a engrandecer.

Junio 22 de 1981. (Inauguración del Taller Literario de la Universidad Central).